

CULEBRA DE SEDA

(Dedicado a Jorge Alberto Naranjo)

JUAN DIEGO MEJÍA

Poeta, escritor.

Ganador de varios premios nacionales de novela y cuento.

Actualmente director del Canal Universitario

No quiero que vuelvas a usar esas medias veladas que tanto me gustan. Tampoco quiero que volvamos a vernos en esta casa los domingos por la tarde. Ultimamente me deprimo y sueño con Eduardo. Lo veo caminar por la casa como si buscara algo. Lleva su libro de geometría en la mano izquierda y sostiene un lápiz con los dientes. Trato de seguirlo pero se me pierde entre decenas de puertas que no llevan a ninguna parte. Cuando despierto siento que él está aquí, entonces me llega un viento de alivio y complicidad que me hace creer que no está muerto sino escondido como parte de su plan para conquistar a Bellaluna.

Yo conocí a Bellaluna por casualidad, y puedo asegurarte que ella nunca entendió la dimensión de los sentimientos de Eduardo. La primera vez que la vi fue cuando los de la universidad vinieron a esta casa. Esa tarde Bellaluna vino de falda corta y medias veladas. Me pareció que Eduardo no la miró ni una sola vez y que siempre se dirigió a ella a través de los otros, o simplemente le habló a un interlocutor genérico. En el radio de la cocina cantaba Nino Bravo y su voz se oía al mismo tiempo que la de Eduardo. Los demás escuchaban en silencio. Varias veces pasé junto al grupo tratando de ver bien a Bellaluna, hasta que Eduardo cerró la puerta. Entonces lo imaginé paseándose frente a ellos, hablando del teorema de Apolonio, mientras fingía no ver esas piernas largas. Se fueron tarde en la noche, cuando ya me había quedado dormido en el sofá de la sala. Recuerdo que en la oscuridad vi a Eduardo pasearse por el corredor como si estuviera preocupado por algo. Ese mismo día entendí que mi hermano estaba enamorado de Bellaluna, su compañera de clase de la universidad. Le calculé las posibilidades y encontré muy pocas,

empezando por un hecho fuerte: Eduardo nunca había tenido novia porque creía que debía tratarse la piel antes de salir a buscar mujer. Los barros se le reproducían a una velocidad desconcertante y la variedad de cremas y lociones que se aplicaba le habían dado un color rojo encendido a su cara. Le brillaban los ojos verdes que parecían disculparse ante el mundo por el desastre de su piel. Eduardo no se sentía listo para seducir a nadie. Por eso estudiaba cada vez más, y llegó a pensar que jamás iba a necesitar otra cosa/distinta de sus libros.

Pocos días después de la visita de Bellaluna, Eduardo expuso en clase la demostración del teorema de Apolonio y dejó como hipnotizados a todos los estudiantes, y al profesor con un taco de humillación en la garganta. Al final, en un rincón del tablero, en lugar de escribir las clásicas q.e.q.q.d., iniciales de que era lo que queríamos demostrar, escribió "para ti con toda mi razón", y seguramente Bellaluna no supo que era para ella. Eduardo tampoco le dijo nada, sólo se sentó de nuevo y se refugió en su libro mientras se apretaba los barros de la cara.

Eduardo era tímido y hacía esfuerzos por sobreponerse. Lo sé porque en su mesita de noche siempre estaba el mismo libro Cómo vencer la timidez. Lo estudiaba como un texto de matemáticas y lo tenía subrayado y con notas en las márgenes. No debe haber muchos tipos como mi hermano en Facultad de Minas, una institución famosa por sus ingenieros, casi todos de la clase alta, herederos de los dueños de la industria en Colombia. ¿Qué hacía Eduardo allá? Era el mejor estudiante pero también el más infeliz. Le pesaba ese frío de las seis de la mañana mientras subía las escaleras desiguales desde la piscina hasta los

salones de arriba. El bullicio de la cafetería lo apabullaba, el ruido de los motores de los que iban en carro le llamaban la atención y lo sacaban de su ensimismamiento. Llegaba solo a la clase, se sentaba solo, salía de nuevo solo.

Si te cuento tantas cosas de mi hermano es porque veo que te atrae su historia. O si no, ¿por qué has venido todos estos domingos? Llegas cuando los viejos se van. Ellos no quieren recordar más a Eduardo. Yo me quedo porque es la forma en que él y yo nos sentimos cerca, y tú has aceptado esta rutina. Disfruto imaginando que hacia las dos de la tarde empiezas a arreglarte. Embadurnas tu piel con crema suavizante, te vistes como yo te pedí que lo hicieras los domingos. Te pones tu ropa interior, desechas el brasier, escoges una camiseta, medias veladas, falda corta y tacones. Yo te recibo recién bañado, ansioso, triste. Pasamos la tarde sin hablarnos mucho y escuchamos su música gregoriana. A veces te leo cosas que he escrito sobre Eduardo y te interesas por saber más de él. Ya casi lo sabes todo. Sólo te faltan detalles que no importan mucho ahora, al fin y al cabo son cosas del pasado.

Antes, Eduardo y yo pasábamos los domingos jugando ajedrez. Él pensaba en silencio. Su cara roja y huecuda por los barros destripados se veía tranquila. Con las manos se revolvía el pelo de fique y de cuando en cuando se arrancaba de la cabeza un hilo grueso y amarillo. Al momento de jaquearme, los ojos le chispeaban. Era bueno en todo. No le interesaba ganarme a mí ni a nadie en particular, sino derrotar a su propia inteligencia, por eso pensó en estrategias dulces para seducir a Bellaluna y creyó que ella terminaría por entenderlo.

Al principio se limitó a mirarla desde lejos. Escogía sitios como los muros de la biblioteca, los árboles del frente de la cafetería, las ventanas de los auditorios para verla pasar y conversar con los otros muchachos de la facultad. Nunca le hablaba, ni siquiera para saludarla, pero en todas partes estaba cerca de ella sin hacerse notar, protegiendo su ángulo de vista. Una vez se puso feliz en la piscina de la Universidad porque antes de la clase de deportes Bellaluna le pidió que le asegurara por la espalda el sostén del bañador. Tal vez le miró de cerca la piel dorada y sintió la tibiaza de su

cuello. Eso fue definitivo. Desde ese momento pensó que debía poner toda su inteligencia a su servicio. Entonces lo planeó con la precisión de sus demostraciones. Por eso escribió la hipótesis en su libro de geometría: "Soy feo. Soy barroso. No hablo bonito. Hay tipos más atractivos... luego la ofensiva debe eludir los terrenos de la confrontación física".

Eso lo escribió una noche en este mismo cuarto que ahora es el mío. El día de su muerte me apropié de él por un impulso que no pude controlar. Traje mis libros y los puse al lado de los suyos. Mi música se confundió con la de él, mi ropa con la suya y a veces siento que soy mitad yo y mitad mi hermano. Por eso te pido que no vuelvas a ponerte esas medias veladas que tanto me gustan. Les tengo miedo y algunas noches las oigo entrar reptando por debajo de mi puerta. Danzan como una culebra desesperada de amor. Me miran en la oscuridad, tocan mi lengua y siento el sabor de tu sexo bajar por mi garganta. No te asustes, el pasado no puede repetirse.

Cada día en la clase de seis de la mañana aparecía en el tablero una frase diferente que empezó a provocar comentarios en toda la facultad. "Soy un planeta perdido", "He caído en el oscuro espacio donde no hay estrellas ni lunas que apacigüen mi muerte", "Ayer murió el sol", "En un desierto de arenas negras dejé mi última respiración", "La estampida de las bestias se detuvo para oírse llorar", "Ya no hay mares, ya no hay cielos, todo es la tiniebla", Una extraña sensación de tristeza se apoderó de todos. Eduardo había iniciado su plan que ya daba algunos resultados. Sin embargo, no fue suficiente, pues con el tiempo la frase del tablero dejó de ser novedad y la gente terminó por olvidarla. Hasta que llegó el día en que Eduardo supo que Bellaluna no iba a amarlo jamás. No tuvo necesidad de oírlo de labios de ella. Le bastó verla en clase después de que él había pasado varias noches escribiéndole versos entre las líneas del libro de geometría con su lápiz afilado. Estaba extenuado por la falta de sueño y por el ejercicio de su imaginación. Deseaba intensamente que ella le pidiera su libro prestado durante la clase, pues así descubriría sus sentimientos a la sombra de Apolonio y los demás geómetras. El resto sería asunto de ella. Pero no lo hizo. Se sentó en la última fila con sus largas piernas

de medias negras cruzadas una sobre la otra, un cigarrillo en su mano derecha, el lápiz en la izquierda, la mirada en el tablero y el pensamiento lejos de Eduardo. Estuvo mirándola todo el tiempo sin disimular hasta terminarse la clase. Entonces, en ese momento cerró su libro y se levantó como un resorte. Caminó hacia ella que apenas guardaba sus cosas en el bolso. Se paró a su lado y le dijo que necesitaba su ayuda. Bellaluna lo miró desde su silla. Pensaría que se trataba de un error porque Eduardo jamás había necesitado ayuda de nadie y menos de ella. Le dijo que el carro de un amigo estaba varado afuera y que para arreglarlo necesitaba sus medias. Bellaluna no pudo negarse. Seguramente ya sabía que los choferes en las carreteras se desvarían habilitando medias veladas como correas de ventilador. Además era la primera vez que Eduardo le pedía un favor a alguien, y ahora tampoco descarto que encontrara excitante darle las medias a mi hermano. Se metió al baño y salió con las medias en la mano izquierda. Eduardo la miró por última vez y se fue caminando lento, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Yo no recuerdo haberlo visto ese día. Todo lo que sé lo he reconstruido de tanto pensar en él y por algunas averiguaciones que he hecho. Me duele saber que no se vino para la casa inmediatamente porque sólo lo vimos llegar en la noche, como siempre. Tampoco fue más a clase desde entonces. Al medio día llegó al Maracaibo y se sentó a ver jugar ajedrez. Las meseras dicen que no jugó sino que se acomodó en un rincón a apretarse los barros.

Estuvo todo el día allí, y la cantinera más gorda me dijo que le salían lágrimas y se le metían a la boca.

El llanto le hizo bien. Le quitó la tristeza que lo ahogaba y esos días siguientes estuvo alegre y conversó con nosotros en el comedor. Ahora creo que esa alegría se la dieron las medias de Bellaluna, su textura en contacto con su piel, el vértigo del aroma de la zona más secreta, la sangre debió hervirle cada vez que las tuvo en sus manos. Seguramente sintió una especie de descanso efímero que se fue diluyendo con los días y con la certeza de estar viviendo una fantasía que tarde o temprano iba a terminar.

Muchas veces he hecho el ensayo de acariciarme con tus medias negras para imaginar lo que sintió Eduardo. Le temo a su tejido, a su calor, me estremezco al olerlas y me aterrorizo cuando las paso por mi lengua temblorosa.

Eduardo volvió a llorar encerrado en el cuarto. Nosotros nos arrimábamos a la puerta sin atrevernos a interrumpirlo. Él era mi hermano mayor y tenía derecho a hacer lo que quisiera. Podía llorar una semana entera si le provocaba. Podía estar triste siempre, y nadie iba a interferir en sus sentimientos. Pero el domingo en la noche sentí una gran opresión en el pecho como si presintiera algo malo. Los viejos debieron sentir lo mismo. Por eso, cuando les dije que entráramos al cuarto de Eduardo, ellos buscaron la llave sin drama, obedeciendo a un impulso de la fatalidad. Abrimos lentamente la puerta empujándola hacia adentro. En esos momentos empezó a transcurrir un tiempo metálico que nos retumbó en los oídos. Nos miramos sin atrevernos a hablar hasta cuando los viejos se abrazaron y juntaron sus caras húmedas de llanto.

Todavía veo con claridad las paredes rayadas con tiza roja. Las letras enormes en todas los trescientos sesenta grados de esta habitación. Era la última frase que debía escribir en el tablero antes de que llegaran todos a la clase de seis: "Soy un planeta perdido que va a caer sin remedio muy lejos. Te espero". Seguramente se sentó a medir el alcance de las palabras mientras palpaba el hilo de las medias. En esos momentos éstas se zafaron de sus manos y se treparon por su cuerpo como una culebra ágil y cruel. Buscaron sus labios gruesos, saltaron la cercá de sus dientes, nadaron en su lengua húmeda y se lanzaron por el túnel de su garganta hasta quedar atrapadas sin posibilidad de avance ni regreso. Así estaba él cuando lo alzamos entre todos. Su cuerpo no quería saber nada más de este mundo. Me miró desde adentro de sus ojos verdes hasta cuando los viejos bajaron la cortina de sus párpados y yo halé con miedo las medias negras que se asomaban por su boca. Había terminado su demostración. Era el fin de su estrategia.

Noviembre 7 de 1997